

Los españoles y el paisaje

JULIO LLAMAZARES

Durante siglos - escribe Alvaro Martínez-Novillo -, los españoles permanecemos ajenos al paisaje, avergonzados de la pobreza y la sequedad de los nuestros, comparados sobre todo con los del centro y norte de Europa. Se identificaba entonces, y aún se sigue haciendo hoy por muchas personas, lo verde con lo bello.

Así que fueron los extranjeros, en especial los viajeros románticos que recorrieron nuestro país en los siglos XVIII y XIX, los que nos descubrieron a los españoles unos paisajes que, inéditos para ellos, consideraban de una gran belleza, tanto más acentuada cuanto más alejada estaba de la de los de sus países de origen. La construcción del ferrocarril, que se generalizó en España a finales del siglo XIX, propició, por otra parte, que los españoles pudieran ver el paisaje por vez primera de un modo estético, una mirada casi imposible hasta entonces por las penalidades que comportaban los viajes en diligencia o a lomos de caballerías por caminos llenos de polvo e infestados de bandoleros. Fue así como nuestros escritores y pintores comenzaron a tomarlo en cuenta y a pintarlo y describirlo como lo que verdaderamente es: el gran espejo que nos refleja y que conforma nuestra sensibilidad. Asturias para Clarín, Cantabria para Pereda, Valencia para Blasco Ibáñez o Galicia para Rosalía de Castro se convirtieron así en referentes, en espejos que reflejaban y determinaban el carácter de sus personajes y no en simples decorados de sus vidas, como había ocurrido durante siglos en la literatura española, a excepción quizá de *El Quijote*.

El cambio radical de esa visión (la del paisaje como conformador) se produce, no obstante, con los autores de la llamada generación del 98. Ellos son los que, por primera vez, buscan la esencia de este país, como ya habían hecho años antes los viajeros románticos europeos, en los paisajes que los rodeaban. Unamuno la halló en Castilla, igual que el propio Azorín, y hasta alguno, como Ortega, quiso dotarle de

universalidad: "Castilla – llegó a escribir -, sentida como irrealidad visual, es una de las cosas más bellas del universo". Baroja, por su parte, mostró siempre una gran predilección por el que rodeaba a Madrid, corroborando así lo que dijo Unamuno: que no hay paisajes feos, sino tristes, o lo que pensaba Ortega cuando consideraba un prejuicio no creer bellos más que los paisajes donde la verdura triunfa. Una mirada moderna que encuentra correspondencia en escritores de otras regiones y en los pintores coetáneos, como Sorolla o Regoyos, y que culminará en Machado, el verdadero descubridor del sentido literario del paisaje entre nosotros y el que le dio la importancia que ya tenía en otras culturas.

Así que, siendo verdad que nuestra tradición paisajística no es muy antigua, sí es importante a partir de entonces a pesar de los desprecios que todavía sigue obteniendo por parte de alguna gente en nuestro país. El paisaje, que, como concepción estética, es una idea moderna (hasta el Romanticismo se le consideraba un adorno más, el del telón de fondo del escenario en el que se desarrollaba la existencia humana), es visto por algunos todavía como algo intrascendente, un elemento decorativo que sólo contemplamos y acogemos como tema algunos escritores y pintores sin demasiada imaginación. Como si los impresionistas franceses del XIX o los novelistas rusos del XX carecieran también de ella o como si los escritores viajeros españoles, con Cela a la cabeza, necesitaran de los paisajes para inspirarse a falta de imaginación.

Desde el Romanticismo, la idea del paisaje, que hasta entonces sólo era un decorado, el tapiz que completaba las pinturas profanas y religiosas y el escenario teatral, cambió de forma radical, convirtiéndose en un elemento más de éstos y no el menos importante ni el menor. Los paisajes armónicos y felices sobre los que destacaban las figuras de Dios o de los hombres, que ocupaban el centro de las iconografías, se convirtieron con el Romanticismo en más presentes al tiempo que en más dudosos. Despojados de su fe, el hombre, que atravesó la historia

apoyado en ella, pasó a entender de repente que ya no era el centro del mundo y que el paisaje era determinante tanto para su vida como para su sensibilidad. Y, también, que la naturaleza, hasta entonces representada de un modo idílico, como correspondía a su carácter ornamental, no era ya aquél lugar fabuloso en el que el hombre vivía feliz, sino el espejo que reflejaba sus ilusiones, sus miedos y sus esperanzas. De ahí que las ruinas (reales o artificiales), los paisajes solitarios y vacíos, los cielos limpios o amenazantes, los océanos inmensos o los desiertos atravesados por una luz cegadora sustituyan poco a poco en sus poemas y en sus cuadros a los amables paisajes clásicos en los que todo estaba en su sitio, desde los hombres a los animales, confirmando de ese modo lo que la humanidad ya sabía desde hacía tiempo, pero que se había empeñado en negar tras los muchos subterfugios religiosos o profanos inventados para ello: que el hombre es un elemento más de la naturaleza por más que a muchos les cueste aceptarlo.

Sorprende, por eso mismo, que, a dos siglos ya de ese despertar romántico y después de toda la producción filosófica, artística y literaria que se ha generado a partir de él, en España se siga viendo el paisaje con cierto distanciamiento, incluso con displicencia, tanto a nivel oficial como popular. Ciertamente que muchas personas lo consideran fundamental para su realización vital y que hay artistas y escritores que han hecho de él el motivo central de sus creaciones, pero, por lo general, al español el paisaje le resulta algo secundario, cuando no directamente un obstáculo para sus pretensiones de desarrollo, que circunscribe normalmente a lo económico. Sólo así puede explicarse la destrucción progresiva a la que lo somete, tanto con obras públicas como privadas, no siempre necesarias y a veces incomprensibles (y que contrasta con el respeto que el paisaje recibe en otros países de nuestro entorno), y sólo desde esa perspectiva puede entenderse el desprecio que el paisajismo como género recibe generalmente por parte de cierta

crítica que considera el paisaje intrascendente y de una sociedad para la que el paisaje es sólo lo que se ve por la ventanilla del coche.

Después de que la crisis económica detuviera de golpe la destrucción a que los españoles habíamos sometido durante décadas los paisajes de nuestra geografía, quizá sea el momento de plantearse el modo en que contemplamos el mundo que nos rodea, tan alejado del de nuestros vecinos. Basta mirar por televisión cualquier carrera ciclista, cualquier documental de divulgación o viajes (y no digamos ya viajar directamente por otros países) para darnos cuenta de hasta qué punto todavía hay una enorme diferencia entre los españoles y el resto de los europeos en el cuidado de la naturaleza y de nuestras ciudades, que también son paisaje aunque muchos arquitectos no parezcan compartirlo. Y, sobre todo, quizá sea la ocasión para que nuestros gobernantes también entiendan que los paisajes, esos espejos en los que nos reflejamos y que condicionan nuestra manera de ser, son tan valiosos para nuestra felicidad como la educación o la sanidad, aunque solamente sea porque influyen en nuestro ánimo tanto como las condiciones de vida. Y es que ya lo dijo Plá, el gran divulgador del paisaje ampurdanés, en el que nació y vivió: lo que diferencia al hombre del resto de los animales es su capacidad de mirar el paisaje de manera inteligente.

Por resumirlo con otra frase, ésta del fundador del institucionismo español, Francisco Giner de los Ríos: "¡Ay, si los españoles estuviéramos a la altura de nuestros paisajes!".